

Generación del 50: el club de la pelea



P o r A l v a r o B i s a m a

La polémica reciente entre Enrique Lafourcade y Jorge Edwards a raíz del Premio Cervantes otorgado a este último ha reavivado una de las polémicas más clásicas de la historia de la cultura chilena: la de la generación del cincuenta. Y eso es porque ambos son soldados viejos de una guerra que, si bien no tiene muchas víctimas, cuenta con batallas sangrientas.

A casi cincuenta años de su gestación, nadie sabe a ciencia cierta qué diablos es la Generación del 50: es un misterio tan explícito como intrigante. Puede ser un grupo literario, un montón de amigos, la gente que destruyó el siempre conservador panteón literario nacional o un invento más de Enrique Lafourcade, que a la sazón se declara con la paternidad obligada del movimiento.

No se habla del Club de la Pelea

Da lo mismo. En sentido histórico, las nuevas generaciones nacen por oposición y odio a la generación anterior. Hay que eliminar lo viejo para dar paso a lo nuevo.

A casi cincuenta años de su gestación, nadie sabe a ciencia cierta qué diablos es la Generación del 50: es un misterio tan explícito como intrigante. Puede ser un grupo literario, un montón de amigos, la gente que destruyó el siempre conservador panteón literario nacional o un invento más de Enrique Lafourcade

Lo viejo, los malos de la película, serían en esta historia los añejos miembros del panteón criollista, escritores que hablaban de los huasos, las vacas y el campo. Sobre un Chile que había desaparecido extinguido por el crecimiento indiscriminado de Santiago, por la muerte de la rancia aristocracia y por un par de guerras mundiales en la psiquis de la gente. Los

buenos, los chicos reunidos en "Antología del Nuevo Cuento en Chile" (1954, editada y prologada por Enrique Lafourcade) estaban literalmente en otra. Las influencias eran tan reconocibles como claves: Proust, Joyce, Henry James, Kafka. Los textos, una mezcla entre narrativa de corte experimental con algunos toques fantásticos y una obligada postura urbana. Otro Chile. La descripción de la nación de la segunda mitad del siglo XX. Una nación centralizada, urbana y triste. Con una capital gris —y aquí está la quid— pero a la vez alegre.

Por eso, a la hora de hablar de la generación del 50 hay que situarse en los dos lados de la navaja. La parte literaria (que es la que queda en los manuales de historia y en los libros sobre literatura) y la humana, que es la narración de una generación, de un grupo humano que a pesar de los muertos, el alcohol y la decadencia intelectual, aún sigue vivo.

La lista de nombres suma y sigue. A los mencionados en la "Antología..." de Lafourcade se suman Jorge Edwards, Claudio Giaconi, Enrique Lihn, Estella Díaz Varín y un montón más. Gente dispuesta a pelearse con quien sea por las razones que sean. Gente que ha sumado dólares, estrellas y cicatrices.

Historias más, historias menos

Si los treinta y los cuarenta habían sido las décadas claves de la guerra poética de Neruda, De Rokha y Huidobro, los cincuenta serían la década de la guerra narrativa. Simplemente es cosa de sentarse a ver —o a leer—. Lafourcade (ideólogo autoasumido del grupo) definía su literatura como "elitista, hermética, autosuficiente, sin ideas de reivindicación social, anti-revolucionaria, aristocrática, deshumanizada. Todo en el sentido positivo de la palabra". Todas virtudes, bienaventuranzas y buenos presagios, que al final no lo fueron tanto.

Lo divertido es que a la hora de analizar el saldo, este resulta notable, con libros clave aparte de la ya mencionada antología: "Coronación", la novela de José Donoso sobre una abuela arterioesclerótica que resultó ser una bomba de tiempo sobre el sistema de clases chileno; "La difícil juventud" de Claudio Giaconi, acaso el más cult de todos ellos, un libro tan inencontrable como primordial; "El patio", la compilación de cuentos de Jorge Edwards que logró, entre otras cosas, que Gabriela Mistral se asustara por el estado de la juventud chilena. Se suman a esto las primeras novelas de Enrique Lafourcade —"La fiesta del rey Acab"— y el comienzo del acercamiento de



Carlos Franz, Marcelo Maturana, Claudio Giacconi y Jaime Collyer.

las editoriales nacionales hacia la obra de estas nuevas generaciones.

Pero la fiesta no era tan grande. La fama era una cosa y el dinero otra. La mayoría eran jóvenes, desempleados y estaban bastante descentrados. Los centros de reunión eran el Museo de Bellas Artes y bares clásicos como "El Bosco". Todos, absolutamente todos, vivían entre el oprobio familiar, estudios por obligación y fiestas más regadas de lo aconsejable. Algunos ejemplos: Jodorowsky siempre menciona una fiesta donde la entrada implicaba un trago y una patada en el trasero.

Enrique Lihn se debatía entre la pintura y la poesía. Estella Díaz Varín, poetisa y musa del grupo, se agarraba a botellazos con cualquiera mientras mantenía una postura de virgen vestal frente a todos sus enamorados. Jorge Edwards sacó su primer libro auspiciado por la gentileza de un montón de amigas que consiguieron el dinero. Y se cuenta que Lafourcade era tan odiado que una vez llegando a la casa de Pablo de Rokha, éste comentó: "Vayan a comprar

queso, que llegó Lafourcade". Mientras, Edwards, invitado a una radio, decía que de la literatura chilena no le interesaba nada, salvo "unas cuantas páginas de Manuel Rojas y la Bombal".

Y eran todas postales de un Santiago dorado que ya no existe. Pasado el tiempo, el que fuera un grupo cohesionado y operante se transformó en una bolsa de gatos. La consigna era sencilla: todos contra todos. Eso hasta ahora.

Bolsa de gatos

Es sólo cosa de hacer un catastro para ver la cantidad de polémicas, odios y rencillas que establece la generación del 50 con todo el mundo y con ellos mismos. Además de los criollistas —que pasaron casi al olvido producto del éxito del grupo—, se suman las generaciones posteriores. Las peleas y odios viscerales son interminables.

Sencillo, ya lo dijimos: todos contra todos. Lafourcade contra Donoso porque Donoso, bueno, era existoso, tenía fama y llevaba una vida llena de amigos interna-

cionales. Donoso contra Lafourcade diciendo que la relación que sostenía con él era parecida a la que tenía con Dios: no hablaban demasiado. Estella Díaz fue más lejos y sin hacerse mayores problemas le aplicó un tortazo a Lafourcade en una conferencia.

Por su parte, Enrique Lihn no soportaba demasiado a Neruda y cada vez que se encontraban terminaban con comentarios ácidos y frases agrias. Y Jodorowsky declara que es hora de eliminar al padre y contra la anti-poesía de Parra sostiene haber inventado algo llamado "Metapoesía", donde no tiene miedo de decir la palabra arcoiris (sic). Jorge Edwards, en su trinchera, se convirtió en persona non grata de Latinoamérica completa al ser uno de los primeros tipos en contar cómo diablos funcionaban las cosas en La Habana y qué clase de tipo era Fidel Castro en persona —cosa que significó una situación un tanto embarazosa para el gobierno de Allende en los setenta—. Y lo más reciente, el ataque del sobrevalorado Luis Sepúlveda contra la generación completa (amparado en su condición de best seller) lo que significó respuestas más duras de Lafourcade, Edwards y un par de artículos en prensa que demostraban que el currículum casi guerrillero del escritor, no era tal. Sin comentarios. Todos amigos y enemigos íntimos. Todos —ahora— viejos, famosos y egocéntricos.

El problema es que no se trata solamente de una pelea de egos. Las razones van desde el campo de la ideología hasta el puro divertimento y no se quedan en Chile. Los conflictos literarios de estos tipos poseen con suerte toda la animosidad del hincha del estadio y la sagacidad del político. Y las tribunas incluyen diarios internacionales, nacionales, programas de variedad. Porque si hay huella ésta no se centra sólo en los libros —algunos clásicos— sino también en la memoria poética del país. Y es cosa de recordar, sumar y seguir. Por eso es que la polémica de Lafourcade contra Edwards no es nueva, ni gratuita, ni extraña. Mal que mal se trata de tipos que llevan casi cincuenta años haciendo lo mismo. **E**



Jorge Edwards en la "Esmeralda" junto a Fidel Castro, cuando era encargado de negocios en Cuba. No sería una buena experiencia.



Edwards junto a Neruda en Isla Negra

Solo contra el mundo

Lafourcade es como un boxeador, sólo que no tan simpático. Miembro obligado del grupo es quien además sostiene de algún modo su memoria histórica. Periodista, cronista y hasta comentarista de televisión, es por antonomasia el escritor chileno que más ha salido en tevé y su currículum es tan extraño como bizarro. Nunca un personaje real fue tan literario. Algunos hitos: es según su propia página web el escritor best seller chileno, con "Palomita blanca" que lleva más de un millón de ejemplares vendidos. Se ha peleado con todo el mundo. Salió fotografiado como su chef-alter ego en la portada de un libro de gastronomía erótica junto a



Moria Casán. Fue personaje clave del "Cuanto vale el show" de los noventa y se hizo famoso por sus preguntas a los concursantes. Erick Pollhammer, su partner en el show, lo agredió con una longaniza y entre ambos acuñaron el término "vaginante" respecto a una participante.

Por otro lado, ha estado al borde de ganar un par de veces el Premio Planeta de novela, cosa que no ha sucedido según él por oscuros manejos editoriales. Además animó un programa junto a Andrés Rillón y Mary Rose McGill, un barco que nunca fue a ninguna parte.

Su sola presencia enfría el aire o lo calienta. Uno nunca sabe lo que va a decir y tiene el simpático hobby de criar gatos persas como mascotas. Es, en síntesis, el aguafiestas permanente de un país sin demasiadas fiestas.